

Históricas Digital

Diego Valadés

“Encomio por las ocho décadas de Miguel León-Portilla”

p. 119-136

Vivir la historia

Homenaje a Miguel León-Portilla

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir-historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



II. *LA FILOSOFÍA NÁHUATL*
DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA
A 50 AÑOS DE SU PRIMERA EDICIÓN



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ENCOMIO POR LAS OCHO DÉCADAS DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA

DIEGO VALADÉS

Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM

La Academia Mexicana de la Lengua me ha honrado al encomendarme estas palabras en homenaje a don Miguel León-Portilla, cuando conmemoramos sus cuatro frondosos *katunes*, conforme al sistema vigesimal maya. Su nacimiento, el 22 de febrero de 1926, corresponde al mes *agilchac*, destinado a rozar el monte, según el calendario tzeltal. Tengo como fuente el fascinante estudio dedicado por don Miguel al *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, subtulado, con delicadeza, “ensayo de acercamiento”.

En *Antigua y nueva palabra*,¹ don Miguel León-Portilla, acompañado por Earl Shorris, Sylvia Shorris y Ascensión Hernández de León-Portilla, recoge lo mejor de la prosa y de la poesía mesoamericanas; ahí se pregunta si existe un ser mesoamericano. La respuesta, positiva, está asociada a un trasfondo religioso y metafísico, al que tampoco son ajenas las intensas relaciones entre los hombres. Así lo muestra lo que don Miguel llama “una de las piezas más extraordinarias, de las muchas de los nahuas”. Alude al diálogo sobre el significado de *in xóchitl, in cuícatl* (“flor y canto”), convocado por Tecayehuatzin, en Huexotzinco, donde se concluye que “flor y canto son lo que hace posible la amistad en la tierra”. Esa flor y ese canto, que son también la amistad de Miguel León-Portilla, de Clementina Díaz y de Ovando y de Andrés Henestrosa, nos han convocado para decirles cuánto debemos a sus maravillosos ejemplos de vida.

Miguel León-Portilla es un hombre poliédrico. Quien busque al sabio, lo encontrará en él; como también hallará al esposo devoto, al padre amoroso, al abuelo orgulloso, al hermano, al amigo, al maestro, al tertulio o, de manera más simple, al ciudadano de al lado que se agita ante lo injusto y que se conmueve por la pobreza.

¹ P. 21, 43.

La suya es una vida entregada al pensamiento y al saber, ajena a las tentaciones fáusticas del poder. Ni siquiera se dejó atrapar por la función vitalicia de Cronista de la Ciudad, y sólo aceptó, por ser compatible con sus intereses culturales, representar a México ante la UNESCO.

¿Cuándo se consideraba, en la antigüedad mexicana, que una persona era anciana? Don Miguel nos lo dice: la *huehuehtiliztli* (cumplimiento de la vejez) correspondía a un periodo de ciento cuatro años. Dedicada a ella, hay en el *Códice matritense del Palacio Real* un hermoso texto, cuya traducción por don Miguel dice:

El reverenciado anciano: hombre anciano,
de cabello blanco, cabeza blanca,
recio hombre de edad, de mucho tiempo,
experimentado, que se ha esforzado.
El buen anciano, afamado, honrado,
que aconseja a la gente,
dueño de la palabra, maestro,
refiere, manifiesta,
lo que aconteció en la antigüedad.²

Éste es uno de los textos recogidos por Sahagún a través de sus informantes; da testimonio de la riqueza literaria de nuestros ancestros y de su respeto por la edad, por la experiencia y por la sapiencia. Hoy sería aplicable a Miguel León-Portilla con una salvedad: sólo alcanzará la *huehuehtiliztli* al cabo de otro cuarto de siglo. Espero estar aquí, con él (y con ustedes), para releerle este hermoso poema.

Ahora es preferible recordar otro texto que le viene mejor a nuestro maestro. También está traducido por él, y en este caso corresponde a la descripción del sabio que aparece en el *Códice matritense de la Real Academia*:

El sabio: una luz, una tea,
una gruesa tea que no ahúma.
Él mismo es escritura y sabiduría.
Es maestro de guías.
Aplica su luz sobre el mundo.³

Es lo que podemos también decir de ti, noble y admirado *tla-matini*.

² *Rostro y corazón de Anáhuac*, p. 97.

³ En *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, p. 123.

El homenaje es una expresión afectiva y admirativa mediante la que se ofrece un tributo, intelectual y moral, a una personalidad descollante; es el encuentro con un paradigma. A través del homenaje elegimos un ejemplo a seguir. Es el caso de quien pone a nuestro alcance los elementos que corroboran la grandeza cultural y humana de los antiguos mexicanos.

La duda, que en el individuo mueve a pensar, en la colectividad lleva a temer, porque la cohesión de los grupos reclama confianza y certidumbre. En el horizonte de nuestros problemas, alivia saber que un mexicano como don Miguel postula, con bases científicas, la existencia de una recia tradición cultural entre nosotros. No hay en sus investigaciones un designio nacionalista; hay tan sólo el afán de encontrar la verdad.

A más de la función científica de sus indagaciones, la obra de don Miguel ha tenido múltiples resonancias: ha alimentado la curiosidad de otros investigadores, de suerte que el interés por nuestras lenguas vernáculas y por nuestra historia precortesiana se ha multiplicado; también ha aportado argumentos y partidarios para ensanchar los derechos de los indígenas.

Hoy conmemoramos su hazaña vital de cumplir ochenta años en plena dedicación al trabajo. ¿Cómo se le puede celebrar?

Miguel León-Portilla es uno de esos personajes, asombrosos por luminosos, que nos ha ayudado a comprender nuestra propia esencia, cuya cuenta vital se mide por aniversarios y cuya presencia intelectual luego se marcará por centenarios. Al introducirnos a sus *Obras*, de las que han aparecido tres hermosos volúmenes editados por El Colegio Nacional y la Universidad Nacional Autónoma de México, y donde recoge los ensayos que llama “hijos menores del ingenio” don Miguel advierte:

Tengo ya casi cincuenta años (escribe en 2002) de practicar el doble oficio de investigador y de escritor. Cuando era joven preguntaba a varios de mis maestros, entrados ya en edad, si es cierto que la vida se va volando. Todos, sin excepción, me respondieron afirmativamente. Ahora digo yo lo mismo a mis discípulos.⁴

En su caso puede decirse algo más: la vida individual tiene trozos perennes porque, cuando se incorporan a la cultura de una nación, forman parte de la vida colectiva, y ésta no se extingue.

⁴ *Obras de Miguel León-Portilla*, t. I, p. 7.

¿Cuántos elogios llevará recibidos don Miguel en estas ocho fructíferas décadas?

Calculemos, para hacernos una idea, el número de oraciones académicas de que ha sido objeto con motivo de la imposición de grados. Son 16 los doctorados *honoris causa* que le han discernido universidades de tres continentes. El primero, en la Universidad Metodista de Dallas (1980); el más reciente, en La Habana, le será entregado en cuestión de días. Agreguemos las condecoraciones con que se le ha honrado en España, Francia, Italia, y la cincuenta de premios nacionales y extranjeros, todos conferidos en ceremonias donde se han exaltado los méritos, inagotables, de don Miguel. Entre esos reconocimientos merecen mención especial la medalla Belisario Domínguez, que constituye la máxima presea que el Estado mexicano concede a sus propios ciudadanos, y el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Muchos han sido, también, los reconocimientos hechos por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde el año próximo cumplirá medio siglo como profesor e investigador. Allí ha recibido el premio Universidad, ha formado parte de su Junta de Gobierno y es investigador emérito. En torno a esas distinciones se produjeron, siempre, expresiones laudatorias que explicaban las decisiones.

Cuentan asimismo los procesos de admisión a instituciones de alta cultura como la Academia Mexicana de la Lengua, la Academia Mexicana de Historia y el Colegio Nacional, en México, y numerosas academias de Argentina, España, Estados Unidos, Nicaragua, Paraguay, Perú, Portugal, Puerto Rico y Venezuela. Cada ocasión de su ingreso fue una oportunidad para honrarlo.

Y no son piezas menores las que se han pronunciado al presentar algunos de sus libros, que alcanzan la media centena, varios de ellos editados en alemán, catalán, checo, esperanto, inglés, italiano, francés, japonés, hebreo, húngaro, polaco, portugués, serbo-croata, sueco o ruso; algunos, como la *Visión de los vencidos*, con una tirada superior al millón de ejemplares en español y al medio millón en el conjunto de lenguas extranjeras. Agreguemos las centenas de notas sobre su bibliografía aparecidas en revistas académicas, en periódicos y en citas de autoridad.

He aludido a los testimonios admirativos que constan por escrito; prescindo de calcular las referencias encomiásticas que de continuo se desgranán sobre don Miguel. Proceden de los millares de alumnos que han asistido a sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras; de las decenas de millares de personas que han concurrido a

sus ya incontables conferencias o que han escuchado sus siempre aplaudidos discursos; de quienes saben de su obra a través de los programas radiofónicos y televisivos en que ha intervenido. Allí donde resuena el eco de su palabra, tiene la admiración por respuesta.

Esas expresiones constan en declaraciones razonadas, articuladas conforme a la ocasión en que se pronuncian o a la publicación en que se estampan; otras, resumiendo juicios rápidos, se sintetizan en exclamaciones como “maravilloso”, “fascinante”, “formidable”, y así los epítetos se multiplican sin regateo, para calificar la obra y la personalidad de un poderoso intelectual que se ha afanado por descifrar las claves de la identidad mexicana.

La suma de las siempre merecidas páginas laudatorias podría llenar varios volúmenes. En ellos aparecería la biografía de una de las más pulidas personalidades culturales de nuestro tiempo. El peso de todas esas palabras, empero, no ha alcanzado para mellar su sencillez, mermar su sensibilidad, alterar su generosidad ni agrietar su sonrisa.

Don Miguel León-Portilla no es el primer mexicano entregado al estudio de nuestras raíces mesoamericanas, pero sí es el estudio nacional de esa etapa histórica que mayor repercusión ha tenido en el ancho mundo allende nuestras fronteras. El registro de autoridades incluye a numerosos ensayistas asiáticos, europeos y estadounidenses. Por largo tiempo fueron Eduard Seler, Walter Lehmann, Konrad Preuss, Herbert Beyer, Ernst Mengin, Jacques Soustelle, y otros reconocidos investigadores, quienes permitían que lectores en otras lenguas pudieran interiorizarse en los secretos del náhuatl. Don Miguel ensanchó el horizonte para nuestros propios autores, y hoy varios mexicanos, que analizan nuestra cultura, son leídos en lenguas extranjeras.

Aunque en 1954 apareció su *Índice analítico de materias y onomásticos de América Indígena y del Boletín Indigenista*, su primera obra de investigación es *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, publicada en 1956. Tesis doctoral en filosofía, supuso trasponer las puertas y ventanas para entrar “a un universo henchido de luz”, según su propia expresión. Es ésta su primera exploración sistemática del mundo náhuatl, guiado, en este caso, por don Ángel María Garibay. El ilustre polígrafo reconoció la sólida formación humanista y el valioso trabajo indagatorio realizado por su discípulo, cuyos méritos destacó: consulta de abundantes fuentes primarias, sistematización del pensamiento náhuatl y originalidad de la aportación.

Sólo de manera parcial se habían asomado al tema Juan José de Eguiara y Eguren, Lorenzo Boturini, Francisco Xavier Clavijero, Manuel Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Emeterio Valverde Téllez, Porfirio Parra, Manuel Gamio y Alfonso Caso. Samuel Ramos apuntó la necesidad de investigar sobre la materia, y Garibay, dice don Miguel, fue quien por primera vez señaló “la existencia de fuentes auténticas para el estudio de la filosofía náhuatl”.⁵ El camino estaba anunciado, pero no recorrido. Fue don Miguel, con esta obra pionera, diez veces reeditada en español y puesta ya en versiones alemana, checa, francesa, inglesa y rusa, quien hurgó en los textos poéticos e históricos de los siglos XV y XVI, hasta identificar las esencias de lo que llamó: “la obra maestra del genio indígena: su cronología”.⁶

Escuchemos su palabra:

Cabe afirmar que en medio de la desgracia venida de afuera, la formación humana de los nahuas, “rostros sabios y corazones firmes”, conservó su grandeza hasta lo último. En su postrera actuación ante Cortés y los doce primeros frailes, después de expresar sus razones, no vacilaron en afirmar los *tlamatinime*, frente a la imagen de su cultura destruida: “Si como sostenéis nuestros dioses han muerto, dejadnos mejor ya morir...”.⁷

Ese interés por la filosofía nacional condujo a don Miguel a la siguiente estación: en *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* estudió el peculiar sentido del tiempo como “atributo de los dioses”,⁸ y exploró, desde una perspectiva distinta a la empleada con motivo de los nahuas, las relaciones entre la temporalidad humana y la divina en el universo cultural mayense. A los sabios mayas incumbía “pensar las medidas del tiempo”,⁹ y eran sus deidades las que daban nombre a cada uno de los veinte días del calendario solar. Lo asombroso, empero, fue su capacidad para mensurar periodos largos, muy largos, hasta llegar al concepto mismo de *kinh*, abarcador de “todas las edades cósmicas”.¹⁰ Surge ahí la pregunta que don Miguel responde a lo largo de su ensayo: ¿cuál fue la concepción maya “de lo que nosotros llamamos espacio y realidad”?¹¹

⁵ *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, p. 4 y 49.

⁶ *Ibidem*, p. 2.

⁷ *Ibidem*, p. 323.

⁸ *Tiempo...*, p. 46 y ss.

⁹ *Ibidem*, p. 47.

¹⁰ *Ibidem*, p. 63.

¹¹ *Ibidem*, p. 64.

Espigando en su anchurosa obra, sobresale otro texto también referido al pensamiento filosófico nahua, esta vez a propósito de *La religión de los nicaraos*, donde hace un “análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas”, en particular de sus creencias religiosas,¹² en la zona de los nicaraos, establecidos “como una isla cultural” entre la costa del Pacífico y el lago de Nicaragua.

Después de tratar los asuntos religiosos conforme a las tradiciones prehispánicas, don Miguel examina también las expresiones cristianas de los indígenas. En *Tonantzin Guadalupe* narra y analiza el encuentro del cristianismo con el universo nahua. En el Tepeyac, donde se veneraba a Tonantzin, deidad lunar, se entronizó a Guadalupe.¹³ El relato *Nican mopohua* (“Aquí se refiere...”) es sometido a un examen acucioso por don Miguel, que identifica sus raíces en el lenguaje noble de los aztecas.¹⁴ La traducción que nos ofrece es una pequeña joya literaria.

Al pasar una rápida vista por los numerosos trabajos sobre la filosofía antigua de México, quiero recordar a nuestro maestro un compromiso que dejó apuntado en *La filosofía*: “la esperanza de exponer alguna vez, con la amplitud que merece, la filosofía moral de los nahuas”.¹⁵ Es una esperanza renovada, ahora, también por quienes queremos darle qué hacer para los próximos veinte años. Éste sería un trabajo medular para comprender aspectos que todavía no han sido expuestos con la suficiente claridad; sobre todo, los que guardan relación con la función de las normas entre los antiguos mexicanos.

Conocemos cómo se producen hoy muchas conductas asociadas con la observancia de la norma, pero ignoramos cuántas de ellas pueden corresponder a actitudes atávicas. Es posible, incluso, que el politeísmo practicado en el periodo prehispánico haya propiciado, como en otras culturas, espacios para la libertad y para las relaciones horizontales entre los miembros de cada comunidad. Debemos explorar qué tan proclives fueron nuestros ancestros a lo que hoy denominamos “autoritarismo” o, a la inversa, qué tanto pudieron semejarse a otras formas de organización arcaica del Estado, donde los argumentos de dominación política no se basaban en la unción divina ni en el tributo a una deidad determinada.

¹² *Religión...*, p. 10.

¹³ *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el Nican mopohua*, México, FCE, 2000, p. 14.

¹⁴ *Ibidem*, p. 51.

¹⁵ *La filosofía...*, p. 242.



Si bien *La filosofía náhuatl* fue su primera obra publicada, su primera obra escrita aguardó la estampa por casi cinco décadas. *La huida de Quetzalcóatl* (2001) tiene el aspecto de una obra teatral, pero es en realidad una honda reflexión filosófica hecha poema. Espigando en sus elegantes parlamentos, puede entresacarse este florilegio:

El agua que cae
es como el torrente del tiempo.

Yo soy el ahora que corre
sin barreras posibles.
El ahora que habrá de venir
después del ocaso y después de la aurora.

Quetzalcóatl es tan grande
que ni siquiera es posible adularlo.

El impulso del tiempo me arrastra.
Esto es vivir y edificar en el tiempo,
en la fugacidad de lo que cambia.

Al morir nos volvemos una rasgadura
en el torrente del tiempo.
Un surco que vuelve a llenarse
con vidas nuevas, indiferentes, que nacen.

¡Pasado, presente y futuro!
Divisiones indivisibles
que dividen y unifican al hombre.
Siendo una sola forma cambiante
de materia viva,
alguien nos flechó al nacer
y nos partió el corazón en tres:
“fui, soy, seré...”

El tiempo nos rapta de nosotros mismos.

Cada quien busca a su manera
pero todos nacimos condenados a buscar.

Yo busco la juventud,
ir más allá del tiempo.

Me llama el Sol.
Tengo que descifrar un bosque de adivinanzas.

Robustos volúmenes han salido de la pluma de don Miguel para rescatar las piezas literarias de nuestro pasado. Los poetas del mundo azteca,¹⁶ la literatura mesoamericana¹⁷ y el examen de cada códice¹⁸ muestran la flor y el canto de nuestros ascendientes.

Todos sabemos que la *Visión de los vencidos* es un clásico moderno; además, es un texto que se enriquece todavía. A partir de su décimoquinta edición incluye otro capítulo: “Lo que siguió”, donde aparecen proclamas revolucionarias de Emiliano Zapata y hermosos poemas contemporáneos, porque los vencidos no han aceptado serlo para siempre. Así lo postula el autor de la obra cuando dice: “La palabra, con la dulzura del náhuatl y de otras muchas lenguas vernáculos de México, comienza a resonar con fuerza.”

Don Miguel calificó la obra como una “modesta antología”. Pero es bastante más que eso: representa el rescate de piezas literarias e históricas poco frecuentadas, precedidas en todos los casos por cuidadas explicaciones que inducen a la fascinación con nuestro mundo interior. Publicada por vez primera en 1959, nuestro autor subrayaba que así como él se había nutrido en las imágenes y en los textos nahuas para documentar las percepciones y las actitudes de nuestros ancestros mexicas, otro tanto cabría esperar que hicieran los mayistas. No hubo que aguardar siquiera un lustro para que él mismo identificara las fuentes, en este caso mayas y quechuas, y nos deleitara con *El reverso de la Conquista* (1964), y años más tarde con *Literaturas de Anáhuac y del Incario* (1982, 2006), como expresiones culturales y humanas de un continente. Estos ejemplos magníficos muestran las similitudes de nuestros predecesores mesoamericanos y sudamericanos. En el inacabado empeño por fraguar la anfictionía de nuestras naciones, estas obras de don Miguel podrían adoptarse para explicar añejos sentimientos que nos hacen afines.

Entre los objetivos de su obra está definir la identidad nacional mexicana. Es ésta una cuestión compleja, pues lo que a todos incluye se resuelve en el ámbito de cada código individual. Pero veamos qué nos decía don Miguel cuando hace tres décadas publicó una de las obras de mayor calado en la antropología cultural de México. *Culturas en peligro* es un trabajo que merece ser más frecuentado. Allí se precisan muchos conceptos promisorios para otras áreas de las ciencias sociales.

¹⁶ *Trece poetas del mundo azteca.*

¹⁷ *Literaturas mesoamericanas.*

¹⁸ *Códices. Los antiguos libros del nuevo mundo.*

En cuanto a la idea de identidad, la concibe como: “la conciencia compartida por los miembros de una sociedad que se consideran en posesión de características o elementos que les hacen percibirse como distintos de otros grupos, dueños a su vez de fisonomías propias”.¹⁹

Para precisar su contorno, apunta que esos elementos constitutivos son el idioma, el conjunto de tradiciones, creencias, valores, símbolos y significaciones, un territorio ancestral, una visión del mundo y un *ethos*, que explica la orientación moral de la cultura. A esto se suma la conciencia histórica compartida, que supone la recordación, sostenida a través de generaciones, del origen común y de las experiencias colectivas.

Esa identidad está sujeta a procesos de cambio, a la asimilación de influencias externas, a la adaptación a nuevas circunstancias; en su itinerario puede flaquear y desvanecerse, o puede afirmarse y perdurar. También existe el dilema social de ser o no ser. Aquí aparecen el estudio y la comprensión de la historia, para estar en aptitud de poseer ese sentido de identidad “necesario para que cualquier grupo pueda existir y actuar en provecho de sí mismo”.

La identidad es un tema sensible en todas las naciones, porque comporta numerosos elementos subjetivos. El llamado ser nacional ha contribuido a los propósitos de algunos países apoyados en la idea de su “destino manifiesto”; ha servido como plataforma para estructurar acciones políticas de expansión territorial o de exclusión étnica, igual que ha auspiciado interpretaciones denigratorias, propias o ajenas, que tienden a caricaturizar a sociedades enteras. Además, la inclusión de los valores como parte relevante de la identidad implica un elemento que fluye a través del tiempo.

Desde la perspectiva de los valores, el patrón que prevalece es el occidental moderno, que postula la libertad y la justicia como factores integradores. Por eso, el interés histórico por indagar los elementos que identifican a una nación responde a la curiosidad que cada comunidad alienta por saber cuál ha sido su andadura a través del tiempo y qué la sostiene y proyecta hacia el futuro.

Los mexicanos no siempre hemos salido bien librados de ese ejercicio, porque a veces nuestras conclusiones apuntan hacia el territorio de lo negativo. Pareciendo haber encontrado una especie de “genoma social”, en ocasiones nos sentimos predestinados al fracaso. El estereotipo de la holganza, de la mentira y de la pusila-

¹⁹ *Culturas en peligro*, p. 16.

nimidad, como actitudes vitales, y la supuesta proclividad a la crueldad espasmódica, como eco de los ancestrales ritos de sangre, son presentados como una especie de condicionamientos culturales que nos inhiben ante la democracia y la equidad.

Pero la voz serena e informada de un pensador como Miguel León-Portilla nos abre un horizonte distinto. De su amplia obra podemos desprender una serie de conclusiones muy distintas de las que exhibían a nuestros ancestros con aspecto tribal y bárbaro. Incluso, de acuerdo con los estándares clásicos, con los que por otra parte tampoco se identificaban las ordalías ni los autos de fe (el último de los cuales se llevó a cabo en Valencia en 1826) de los conquistadores, es posible interpretar que la población mesoamericana no se regía por las prácticas de barbarie ni de autoritarismo vertical con las que pretenden explicarse las conductas refractarias a la libertad en nuestra historia moderna y contemporánea.

No existe el determinismo genético individual ni social, ni procedemos de un mundo salvaje. La obra de don Miguel es lectura obligada para los profesionales de la historia, y lectura muy recomendable para cualquier persona que desee conocer la genealogía social de México. Él ha demostrado que la nuestra es una civilización originaria, de la misma estirpe, en este sentido, que las desarrolladas en los valles del Indo, del Nilo, del Río Amarillo, del Tigris y el Éufrates, o de la región andina, por ejemplo. La carencia de textos políticos y jurídicos explícitos se suple con otros indicadores sólo posibles en una sociedad que practicaba la tolerancia y valoraba la libertad.

La convivencia de los hombres y de una pluralidad de dioses es típica de las sociedades donde prevalecen las relaciones horizontales; la medición del tiempo habla de la presencia de científicos, y la ciencia requiere espacios de libertad;²⁰ las colosales obras arquitectónicas y escultóricas (como las cabezas olmecas)²¹ denotan una capacidad organizativa avanzada; la utilización de instrumentos musicales no correspondía a funciones de representación escénica sino a expresiones gregarias características de cohesión y de igualdad; el mosaico de lenguas indica que no hubo acciones represivas para imponer alguna de ellas, y es síntoma de tolerancia; los intercambios comerciales suponen una convivencia basada en un míni-

²⁰ No se olvide que había transcurrido un siglo de la colonización del Nuevo Mundo cuando Giordano Bruno fue quemado, en mayo de 1600, en la plaza pública de Roma.

²¹ Se estima que el solo traslado de las grandes piezas de basalto, en las que fueron labradas esas cabezas, requirió de la participación simultánea de hasta mil hombres.

mo de armonía, y el cobro regular de tributos exige el trabajo de letrados cuya presencia sólo se registra en las sociedades políticas complejas.

La geografía nos había aislado, y no tuvimos por ende la posibilidad de competir para crecer; pero esto mismo nos eximió de ser una sociedad agonista. Guerras hubo, pero no militarismo. Por eso la vocación por la paz, que bien se expresa con la flor y el canto, forma parte de nuestros valores ancestrales.

Queda el tema de los sacrificios humanos, que representa una cuestión que ha afectado la memoria de nuestras antiguas civilizaciones. Como nuestro autor señala acerca de este asunto “no es fácil hacer una valoración objetiva”, porque incluso “es posible que algunos cronistas hayan exagerado el número de sacrificados”.²² Como quiera que sea, don Miguel advierte la paradoja de que los mesoamericanos hayan mantenido las prácticas sacrificiales al tiempo que alcanzaban expresiones superiores de inteligencia y de sensibilidad estética. Supone que se trata de un hábito antiguo que devino en una especie de “ritual fosilizado”. Por otra parte, ¿qué decir de la persecución y cremación pública de *brujas* y de *herejes*, que afectó a millares de personas en buena parte del continente europeo, incluso mucho después del encuentro de ambos mundos?

Hay una enfermedad de la identidad que don Miguel cataloga como estar *nepantla*; algo así como quedar en medio del ser y del no ser. Recuerda un texto en el que Diego Durán registra la expresión de un viejo nativo cuando, para explicar el vaivén de sus costumbres, le dice: “padre, no te espantes pues todavía estamos *nepantla*”.²³ El *nepantlismo*, como equivalencia de indefinición, a su vez es indecisión e indefensión, es un trauma que tiende un velo sobre la identidad.

Viene, enseguida, un concepto propuesto por don Miguel en 1965 y que merece la mayor atención: *écosis*. Inspirado en Tucídides, elabora una propuesta novedosa y útil a los propósitos de la antropología, pero también de otras disciplinas sociales. En esencia, la *écosis* es la capacidad que tienen los grupos humanos de transformar el medio en que se desarrollan.

En la realización dinámica de cualquier *écosis* juegan un papel clave la propia visión del mundo, los sistemas de valores, las instituciones de la comunidad. El dinamismo inherente a una auténtica

²² *Aztecas-mexicas*, p. 176.

²³ *Ibidem*, p. 19.

écosis implica procesos de cambio no ya sólo en la naturaleza circundante sino también en las estructuras internas de la sociedad actuante.

Tenemos ahí una de las muchas tesis sobre la naturaleza dinámica de la sociedad que caracterizan el pensamiento de Miguel León-Portilla. Es más que posible que el Estado arcaico mexicano no haya correspondido a lo que hoy se entiende como una sociedad abierta, es decir, de libertades; pero es seguro que sí se identificó con una sociedad tolerante.

Por lo demás, cuando los mundos amerindio y europeo se encontraron, tampoco allende el Atlántico existían sociedades abiertas. El encuentro de ambos mundos se produjo en el momento histórico de la aparición del Estado moderno. La misma generación europea que dio forma al poder político secular estableció las bases del poder político ultramarino. Todavía está por determinar qué efectos tuvo la presencia amerindia en la organización política europea, porque la colonización condujo a centralizar el poder imperial y esto al inevitable surgimiento del absolutismo.

Al aproximarse el quinto centenario del viaje colombino, el propósito eurocentrista de celebrar el hallazgo geográfico recibió una respuesta inteligente y constructiva. La idea del descubrimiento era sólo una perspectiva parcial, porque situaba a unos en la posición activa de descubridores y a otros en el papel pasivo de los descubiertos. El hecho histórico y cultural era otro: dos mundos se habían encontrado. El concepto aportado por don Miguel León-Portilla²⁴ modificó la esencia de la conmemoración y generó un cambio en la percepción cultural de nuestro continente. A casi tres lustros de distancia, vale considerar un dato significativo: un solo localizador (*Google*) en la Internet identifica bajo ese rubro 1 170 000 entradas, que incluyen publicaciones, cursos universitarios, congresos y hasta asociaciones académicas fundadas en varios países europeos y americanos, que adoptaron como nombre el concepto acuñado por don Miguel.

Su argumento fue contundente. Trazó este panorama:

Con estatuas a Cristóbal Colón y verbosos discursos que soslayaban problemas tan lacerantes como los que afligían a millones de amerindios o a mayor número aún de africanos y asiáticos en las antiguas y nuevas colonias, se celebró el IV Centenario del Descubrimiento de América. Ahora, si no todos, buen número de gentes optamos por un

²⁴ “Encuentro de dos mundos...”, en *En torno al 12 de octubre de 1492*, p. 21 y ss.

enfoque muy distinto. No se pretende revivir odios y acusaciones del pasado. Interesa tomar nueva conciencia de situaciones presentes, precisamente de algunas que se muestran como anacrónicas perduraciones de dramas e injusticias que —a la par que logros como el de la globalización del mundo— tienen su punto de partida en el proceso que se inició en 1492.²⁵

Cinco razones principales había para adoptar el nuevo criterio que postulaba. Una, que a partir de 1492 se inició el contacto entre pobladores de ambos hemisferios; la segunda, que ese contacto se extendió hasta abarcar la totalidad de los dos hemisferios; en seguida, que se trata de un fenómeno histórico, documentable; una más consistía en el flujo de personas que se generó, “de los cuatro rumbos del mundo” hacia este hemisferio; y la última:

es elemento que se antoja inverosímil la persistencia de situaciones en extremo adversas para los millones de sus descendientes que viven actualmente en casi todos los países del hemisferio. Son más de 40 millones de personas que mantienen en su conciencia el recuerdo de su dramático pasado y, sobre todo, de la muchas veces terrible vivencia de su presente. En la mayoría de los casos sobreviven en condiciones deplorables de pueblos vencidos, marginados, cual si no fueran ellos sujetos de derechos humanos, en medio de injusticias, con sus lenguas y culturas en permanente peligro.

Podría agregarse que Europa sólo fue consciente de su identidad continental a partir del cotejo con razas y culturas hasta entonces desconocidas. Es a partir del siglo XVI cuando cobra auge el concepto de Europa. Aparecen una nueva cartografía y numerosas obras referidas expresamente a temas “europeos”. Hubo incluso quien sugirió cambiar el nombre del continente, porque el de “Europa” implicaba una especie de tributo a las relaciones entre un animal y una mujer.

El gentilicio “europeo” es, comprensiblemente, posterior al constructo “Europa”. En inglés y en español los primeros registros de la utilización de ese gentilicio corresponden al siglo XVI, y sólo se generalizaron al principiar el XVII.²⁶ Antes se hablaba de “cris-

²⁵ “Encuentro de dos Mundos: una perspectiva no circunscrita al pasado”, en *En torno al 12 de octubre de 1492*, p. 25.

²⁶ Cfr. Alfonso de Ovalle, *Histórica relación del reino de Chile*, Roma, F. Cavallo, 1646, y Richard Knolles, *The generall historie of the Turkes*, Londres, Adam Islip, 1621.

tiandad” y de “cristianos”, como conjunto de países, no de Europa, ni de “europeos”.

La historiografía propiamente referida a lo que ahora se llama “Europa” corresponde apenas al siglo XV. La historia general de Blondus (*Historiarum ab inclinatione romanorum imperii decades*), que comprende de 472 a 1440, publicada en Venecia en 1483, todavía no recoge el nombre de Europa. La primera alusión a Europa aparece en la obra de Eneas Silvio Piccolomini, personaje de excepcional erudición y elocuencia, luego en la de Pío II, publicada de manera póstuma en 1490. Las obras que de manera sistemática incluyen en su denominación y contenido el concepto de europeo corresponden al siglo XVI.

Para confirmar lo acertado del concepto formulado por don Miguel, la presencia americana en Europa aceleró el proceso de ruptura con la Edad Media. Un nuevo grupo humano, una nueva fuerza cultural y una nueva geografía produjeron un importante impacto en el espacio europeo, en un momento en el que las artes y la ciencia ya habían comenzado a experimentar profundas transformaciones, a partir del siglo XV. “Fue el Nuevo Mundo lo que repercutió primariamente sobre el mundo humano todo y la idea de él”, como ha demostrado Gaos.²⁷ Hale, por su parte, sustenta que merced al impulso recibido de América “los europeos hicieron un mayor esfuerzo por plantearse la cuestión de su identidad”.²⁸ La fuerza del contraste y la conciencia de haberse encontrado con un mundo nuevo también ayudaron a poner fin a la fragmentación medieval.

En ese panorama llama la atención que las artes decorativas europeas hayan dejado sin registro la presencia amerindia; en contraste, la sensibilidad musical de Antonio Vivaldi y de Carl Heinrich Graun, por ejemplo, sí acogieron el drama del encuentro en sus obras operísticas (*Montezuma*, en ambos casos). El hecho es que, con excepción de los debates jurídicos y teológicos, circunscritos a España, y de algunas referencias literarias aisladas, entre los europeos prevaleció el desinterés por la nueva cultura y hasta por la epopeya colonial que ellos mismos protagonizaron.

También la biografía ha interesado a don Miguel. Su trabajo sobre Bernardino de Sahagún,²⁹ por ejemplo, es una contribución fundamental a la historia de nuestra cultura, porque allí se refiere

²⁷ José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, p. 230.

²⁸ John Hale, *La civilización del Renacimiento en Europa (1450-1620)*, p. 47 y ss.

²⁹ Bernardino de Sahagún. *Pionero de la antropología*.



la forma metódica en que el ilustre franciscano investigó y colectó los textos y testimonios que conforman su magna historia; en esa biografía, nuestro homenajeado también explica la función que en su propio momento tuvo el trabajo de Sahagún, y la forma como se fueron acoplando los dos mundos recién encontrados.

No menor que el mérito de sus investigaciones y de sus juicios, es la forma como los dice. Leerlo o escucharlo son experiencias tan instructivas como deleitosas. La palabra diáfana, precisa; la prosa tersa, elegante, son una invitación para conocer nuestro pretérito íntimo, guiados por la mano maestra de don Miguel.

Me atrevo a presentar aquí una iniciativa. No acostumbramos convertir a nuestros estudiosos en objeto de estudio, y omitimos así que la prosperidad cultural de una sociedad también se apoya en la emulación. Nuestras universidades podrían instaurar cátedras monográficas para analizar a fondo a los grandes maestros. Examinar una obra tan rica como la que debemos a don Miguel requiere de un curso académico completo. El tributo más elevado que podemos ofrecer a quienes han realizado tan arduos empeños en pro de nuestros valores culturales es convertirlos en tema de reflexión y de inspiración.

La formidable obra histórica, filosófica y literaria de don Miguel tiene por clave recuperar la cultura de nuestros ancestros, para hacerla parte de nuestra cultura contemporánea. No identifica el pasado con lo que ya no es, sino con lo que sigue siendo.

Se pregona que somos una nación mestiza, que no es igual a ser una nación de mestizos. Una parte, parte grande, de la población, está mestizada, pero otra, también numerosa, conserva su pureza india. Para los indios la vida no ha sido ni es fácil; con seguridad no lo fue antes de ser colonizados, como no lo es a casi dos centurias de la Independencia. Sigue latente la lucha por sus derechos, en esta tierra de la que fueron dueños. Sus lenguas no son protegidas, sus derechos se les dan como “oportunidades”, y en más de un concepto se les discrimina.

La discriminación es un fenómeno con sordina. A manera de ejemplo puede decirse que en otros países es obligado incluir a la población minoritaria en la publicidad de alcance masivo. Es posible ver turcos en las pantallas alemanas de televisión, paquistanos en las británicas y negros y mexicanos en las americanas; pero no vemos indios mexicanos en las pantallas mexicanas.

Subsiste un cierto menosprecio por nuestra cultura; hay una especie de colonización interior. México es de los pocos estados con



tan alta densidad indígena donde las lenguas vernáculas no forman parte de los programas culturales nacionales. La preservación de nuestras lenguas es una responsabilidad que pende sobre la población menos favorecida, a la que tampoco se le brindan los apoyos requeridos para su desarrollo. El Estado mexicano no ha cumplido con sus deberes; han sido hombres como Miguel León-Portilla quienes han tomado en sus manos la ciclópea tarea de rescatar y preservar la cultura de una civilización originaria.

Hemos tenido más tlatoanis de los que hubiéramos querido, y menos *ah miatzes* (sabios) de los que habríamos requerido; pero hoy festejamos a uno de ellos; uno que, por cierto, nos ha acercado a los sabios de su estirpe intelectual y humana que fueron una luz en nuestro pasado, como don Miguel lo es en nuestro presente.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS